

TU LOCA JUVENTUD



**Y
¡¡crema dental
EL TORERO!!**

marthe



*dientes más blancos
encías más sonrosadas

con la garantía de ORIVE, S.A.

TODAVIA resuena en mis oídos una dura frase de un colega de Acción Católica, asustado porque defendiera yo, ahora hace dos años, la libertad religiosa. Pensaba —entre otras cosas— que el pueblo español iba a escandalizarse.

Sin embargo, en 1965, el Instituto Español de la Opinión Pública realizó una encuesta religiosa —científicamente preparada— donde se puede apreciar lo infundado de tales temores. El 67 por 100 de los españoles eran partidarios de la libertad religiosa; creían que debía autorizarse la práctica pública del culto a toda persona o grupo no-católico. Y el 56 por 100 pedían incluso que en todo tuvieran la misma libertad y consideración católicos o acatólicos. La mayoría del pueblo ni se escandalizaba ni era refractario a ella, contra todos los pesimistas juicios del pensamiento retrógrado hispano.

Y esto antes de haberse aprobado en el Concilio la Declaración de Libertad Religiosa. El pueblo español se mostró propicio, a pesar de la campaña que en su contra se hizo en el país —en artículos, libros, folletos y conferencias de altas personalidades católicas—, de tal modo que quienes rompíamos una lanza a su favor parecíamos, o poco patriotas o poco católicos.

También hubo dirigentes de apostolado seglar que se asustaron de la suave ponencia que estudié y presenté hace un año, sobre «la unión de los cristianos», para la Asamblea de dirigentes de Acción Católica. Asamblea en la que se aprobaron todas mis propuestas, incluso con asombro mío; pues no creí que iban a ser tan bien acogidas. Lo cual revela que todos estamos demasiado influidos por las campañas del conservadurismo católico.

Olvidaban aquellos temerosos y malos conocedores de nuestro pueblo, que sólo el 4 por 100 de los españoles se mostraron, en la encuesta citada, partidarios de la separación radical entre las distintas religiones cristianas, y, en cambio, más de la mitad (el 55 por 100) llegaron a decir que se debía «lograr la unión de todos los cristianos, aun a costa de ceder en principios importantes».

¿Dónde está la incompreensión religiosa y el «reaccionarismo» de ese pueblo bienintencionado y sincero, que algunos demasiado conservadores se atribuyen falsamente su representación y la exclusiva de su pensamiento?

Incluso sobre el tema más espinoso de nuestro catolicismo, el de la Virgen, la realidad ecuménica es muy distinta de lo que aparece.

Está muy lejos aquel tiempo de la República, en que el político liberal don Antonio Royo-Villanova escribió en ABC un artículo hablando de la devoción española a la Virgen. Contaba el caso de aquel aragonés —él también lo era— que iba todos los días a rezar al Pilar, y sin embargo confesaba que con el Hijo no quería nada, porque sólo se entendía con la Madre. Esa inflación mariana apenas se comprende hoy. Ahora descubrimos, en cambio, que el 55 por 100 de los españoles encuestados contestan que en el culto a la Virgen «se puede ceder en algo para llegar a un acuerdo» con los que no son católicos.

España ciertamente es diferente. Pero diferente de lo que afirma el catolicismo de extrema-derecha, de lo que piensan de buena fe bastantes de nuestros obispos, excesivamente impresionados por ataques, denuncias y alharacas de esos conservadores a ultranza que parecen vivir todavía en los comienzos de la Edad Media.

SER de derechas o de izquierdas todavía no revela el contenido de nuestro pensamiento. En realidad —como dice mi gran amigo Aranguren— esa denominación es puramente formal, se refiere a la forma de ser y no a la sustancia que llena la estructura.

El *inmovilismo* y la *dinamicidad* son las verdaderas características de la derecha y de la izquierda, con más o menos matices y complejidades. Santo Tomás de Aquino —por ejemplo—, «revolucionario» del pensamiento filosófico eclesiástico en el siglo XIII, al cambiar el punto de vista platónico usual por el «heterodoxo» de Aristóteles, fue un hombre de izquierdas. Pero al propugnar el inmovilismo social, pidiendo el máximo respeto por los estamentos sociales cerrados en la situación de privilegio, se comportó como un hombre socialmente de ultraderecha.

El problema de derechas o de izquierdas es más complicado de lo que parece; y después de leer esas estadísticas que cito —estudiando las corrientes profundas de nuestra vida—, ¿puede decirse —como a veces se afirma— que nuestro pueblo es un pueblo de derechas?

No me meto en política; en lo religioso dudo mucho que lo sea. Y la mejor prueba es la aceptación general que, los importantes cambios que el Concilio pide, han tenido en él, sin encontrar la resistencia que entre católicos de otros países ha habido.

Pero una cosa es la masa, y otra muy distinta algunos católicos de renombre eclesiástico o seglar. Estos últimos se encuentran en una línea de conservación, en lo religioso, mucho más arraigada que la inmensa mayoría de nuestro pueblo —lo mismo el formado por los hombres cultos, que por aquellos que no han tenido la oportunidad de serlo, porque la sociedad no se la ha dado.

UN religioso que vive en Filipinas hacía en la Prensa alusión —mediante cálculos estimativos evidentemente excesivos— al cumplimiento religioso de los españoles. Sin embargo olvidaba que hay una encuesta científica que da una segura orientación acerca del promedio de la práctica religiosa en España, realizada ahora hace año y medio. En ella se aprecia que sólo el 26 por 100 de los españoles «practica su religión con mucha regularidad».

Y además —dato curioso— la práctica depende directamente de los niveles económicos de los españoles. Los que tienen un fuerte nivel de ingresos (el 2,5 por 100 de los españoles encuestados) llegan al 60 por 100 en su cumplimiento religioso: muy superior al del resto de la población.

Otro dato: en una población industrial como Mataró —encuestada por el especialista P. Duocastella— los resultados fueron parecidos. Quienes tenían estudios superiores asistían regularmente a la misa dominical el 65,9 por 100; de los obreros especializados sólo el 14 por 100, y de los peones el 5 por 100. Los grandes industriales eran los más practicantes: llegaban al 80,8 por 100.

Y conste que la simple asistencia a unos actos de culto puede ser motivada por factores que no sean los más reveladores de lo puramente religioso. Por eso este indicio de la religiosidad del país es excesivo. Como lo avala el excelente estudio de Ramón Bayés, hecho entre estudiantes de ingeniería de Barcelona. En él se aprecia, a pesar del alto porcentaje de práctica, que es del 78,4 por 100, que en sus vidas no tiene la religión un valor esencial nada más que en el 35,8 por 100 de los encuestados. Lo más probable —por no decir seguro— es que eso pasa, en general, entre los demás grupos que practican la religión en nuestro país, y no sólo entre los citados estudiantes, a juzgar por lo que se observa en muchos católicos que conocemos.

¿Qué quiere esto decir, que nuestro pueblo es mucho menos religioso de lo que se pensaba? ¿Que sólo el 12 por 100 del total de la población mantiene unos valores religiosos como esenciales en su vida?

Además —y esto sí que es grave—, en esta encuesta se aprecia un fallo en la educación religiosa de ese grupo, que probablemente habría que generalizar: que los educados en colegios de religiosos muestran menor inquietud social y se sienten menos responsables socialmente que aquellos que han asistido a colegios que no eran de religiosos. ¿No hemos oído decir al P. Arias en *Pueblo* que sólo después del Concilio algunas religiosas del Sagrado Corazón habían prohibido la discriminación social que todavía existía en sus colegios?

Teólogos, como el Padre R. Muñoz Palacios, S. J., observan ante estos hechos que «hoy se va acentuando en España un indiferentismo religioso que no es meramente práctico; sino que significa una disociación profunda de lo religioso».

Y el obispo don Fidel Martínez dice: «La unidad religiosa es, sin duda, un gran bien para la nación..., pero a condición de que sea auténtica... Ahora bien, a juzgar por las estadísticas de la práctica religiosa en nuestra patria habría que admitir dudas muy serias».

DN otros países el proceso religioso tiene distintas características. Por ejemplo, en Estados Unidos el 76 por 100 de los católicos asisten muy regularmente a la misa dominical, o sea tres veces más que en España. Además, la extracción social del catolicismo en Norteamérica es preferentemente obrera. El 52 por 100 de los católicos son obreros manuales allí, y protestantes sólo el 39 por 100.

No debemos, sin embargo, olvidarnos que en nuestro país hay otros factores evolutivos que demuestran también una realidad muy diferente de la que es usual repetir. Por ejemplo, en las costumbres. En pocos años, y aún meses, a veces hemos adquirido, en la juventud sobre todo, las actitudes, vestidos y aspectos del extranjero en proporción bien apreciable; y lo que es más importante, la relación *chico-chica* y *hombre-mujer* ha ido adquiriendo una libertad que se va acercando a la que existe en algunos ambientes y países diferentes del nuestro. Las causas son complejas; una de ellas es el «mimetismo» social, por el que la estructura de la sexualidad social de otras regiones influye en la nuestra. Pero también es decisiva la liberación de ciertas ataduras exteriores —de corte puritano— que revelaban a veces un fariseísmo poco sincero. No es ahora el momento de preguntarse si nuestra juventud es más sana sexualmente —a pesar de su libertad mayor— que la de hace treinta o cuarenta años; yo, en principio, me inclino a creer que sí, porque la moralidad no está hecha de «tabús», como antes parecía, sino de respeto a la personalidad

ESPAÑA ES DIFERENTE

por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

de los demás y a su desarrollo normal y responsable. No se es más moral, porque haya más prohibiciones morales, sino porque se fomenten los valores personales y comunitarios, y quizá eso —a pesar de los defectos de la época— lo comprendemos hoy mejor.

La mujer española acude también mucho más a la Universidad; trabaja en mucho mayor número que hace unos años, y se siente más afirmada en su personalidad. Pero todavía no es más que un comienzo, que debe ser complementado por un perfeccionamiento de nuestra legislación civil y de nuestra práctica social. Por ejemplo, estamos muy atrasados en la consideración igualitaria que debía tener la mujer casada respecto a su marido: su dependencia legal es excesiva, en mi opinión, y esto debía ser revisado nuevamente, a pesar de las mejoras que se hicieron hace pocos años.

El control de natalidad es otra piedra de toque de nuestra evolución. Si bien las costumbres tradicionales de la familia perduran en buena parte, es cierto que las rígidas normas canónicas actuales, sobre el uso del matrimonio, son ampliamente incumplidas; y no se recatan los españoles de pedir una revisión. Yo me he quedado sorprendido, a través de mis actividades, este año, como conferenciante, apreciando un cambio importante en muchas personas católicas —clérigos y seglares— sobre este delicado tema, que es lo mismo que enseña la encuesta del Instituto de la Opinión Pública, a que antes aludo. En ella sólo el 17 por 100 de los españoles dicen que el control de natalidad «no se debe permitir en ningún caso». En cambio, el resto piensa que debe libremente permitirse; aunque un poco más de la mitad creen que se tiene que «permitir por cualquier medio» sólo cuando existan razones graves.

LOS españoles —y sobre todo la juventud— son muy diferentes de lo que piensan los más conservadores en religión. Y sus inquietudes son bien distintas de un pensamiento exclusivamente tradicional.

Podíamos volver a preguntarnos:

¿España sin problema? Al menos, en lo religioso, no se puede afirmar que no lo haya.

Hasta en un grupo tan conformista como el que revela la encuesta de Ramón Bayés, antes citada, piensa la mayoría de los encuestados —según su autor— «que la Iglesia española es rígida, intrasigente, anticuada y que está demasiado ligada a las estructuras temporales».

Esto —y no entretengamos en discusiones bizantinas propias de un grupo religioso desfasado, encerrado en sí mismo— es lo que debemos reflexionar, seglares y obispos españoles, dando palabras de orientación realista, y no de condena irracunda, o de cómoda abstención de las realidades que nos rodean a pesar de urgir una solución positiva.

NOTA.—Debo aclarar la errata de impresión a propósito del nombre del religioso monfortiano citado en mi artículo "Catolicismo de extrema derecha", que es Louis Terrouas, autor del excelente trabajo "Maximalismo mariano y catolicismo de derecha" en la revista religiosa Cahiers Marials, del 15 de enero de 1965.